GUADARRAMA TESTIGO

Hoy soy libre, hoy poseo el conocimiento de la experiencia, hoy soy todo, agua, luz, fuego, tierra y viento. Soy los senderos del Guadarrama que pisan sus gentes, su fauna, soy la tierra donde enraízan fuertes sus pinares, soy cada gota de su resina que por la corteza se desliza. Soy cada gota de rocío que cubre las hojas, cada gota de agua de lluvia y de nieve que discurre por sus hermosos arroyos. Soy el viento que azota suavemente las cumbres en las cálidas tardes de primavera, y además, soy el aire en movimiento que acaricia bruscamente valles y gentes cuando las tormentas y ventiscas arrecian. Soy la brisa que acompaña a las gentes de los pueblos, que acaricia manos de herreros, curtidas por el tiempo. Soy la luz y el sol que da calor al pueblo. Cercedilla, imperturbable ante el paso del tiempo, de sus gentes, que marchan a la urbe y vuelven al tiempo, para darse cuenta de lo poco que ha cambiado el pueblo, sus valles e inviernos, para darse cuenta de que, si algo ha cambiado, han sido ellos.

Soy esa primera luz del alba que embelesa, que con esa magia del bosque, olor a candela y pan de sus hornos se entremezcla. Soy esas tinieblas de los días felices y esa claridad de los días tristes, de penas y entierros. Soy las puertas del cementerio, de tantas historias de vida, repleto. Soy el frío cual hielo, que por las noches llega a los huesos entre las calles del pueblo. Soy el aroma de fiesta, la borrachera de felicidad y los momentos de paz. Soy cada anciano, adulto, adolescente y niño desde que muere hasta que nace, soy la vida y la muerte, soy la historia, el paso del tiempo inexpugnable por sus gentes. Soy la piedra, adobe y ladrillos de las casas. Puedo ser los raíles del tren, cargado de todo tipo de vidas, pero también soy el tren, en los viajes vacíos, viendo por los ojos de mi conductor, la nieve, la experiencia y la duda que le inunda por posibles obstáculos, mientras mi locomotora aparta la nieve sin cesar de su camino. Soy el crujir de la madera del tren, soy su bocina y sonido que retumba por todos sus bosques y el cual, se cuela en oídos de todos sus habitantes. Soy el tímpano de la ardilla que vibra al escucharlo, y también la corteza del pino a la que la misma se agarra, mientras al trepar, el vuelo alza un picapinos en dirección а siete picos. Soy las plumas del retumbe de los troncos causado por el fuerte pico, soy su canto su У trino. Soy el chascar de la leña en las chimeneas de antaño, soy el florecer de pinos y madroños, la vida y la muerte, primavera y otoño.

Soy el respeto, el amor a la vida, al pueblo y sus bosques, soy las voces ocultas en el mirador de los poetas, las historias del lugar, conocidas y secretas. Soy cada noche y amanecer que alguien duerme o mira enamorado, desde su trono y bajo un manto de estrellas arropado.

Al fin soy todo lo que quise, todo lo que lograba percibir con mis sentidos, sentado en la montaña, en mi mágico mundo real de Guadarrama. Niño, niño era cuando lo soñaba, niño era cuando lo conocí, y desde que tuve independencia, de sus valles, de sus gentes y calles no pude salir. Hoy sigo aquí, aunque ya no estoy, pero más que nunca existo, hoy sí que puedo estar en cada rincón, en cada detalle, en todo lo que podía distinguir y percibir antes, con mis limitados ricos sentidos, con mi corazón que en sus adentros sentía, aún sin ser así, allí haber nacido.

Ayer me fui, elevé mi canto, dejé volar mi alma y mi corazón con el viento. Fundí mi cuerpo con la tierra, con el ciclo de la vida y mejoré mi entendimiento. Llené mis pulmones de aliento, de pura felicidad, de puro conocimiento. Al fin me sentía pleno. He conseguido sobrevolar cada momento, cada segundo, y ahora, podré ver pasar el tiempo, las estaciones por el bosque, sus gentes, por el pueblo, para darme cuenta, que formo parte de ello.

-Un niño, un montaraz, un abuelo.

Poco tiempo ha de esto que os cuento. Soy el niño de corcho, al menos, así me llaman en el colegio. Hace unos días me escapé sin saberlo, a crecer y encontrarme conmigo mismo por primera vez entre pinos y senderos. No tenía miedo, era un día gris pero de magia lleno. Estaba solo, parecía haberse aliado el destino para no hallar a nadie más en mi camino. Podía observar como ojos curiosos de animales me observaban entre los arbustos. Empecé a sentir

cosas, entre una inmensa alegría, que no podía describir ni sabía interpretar. Me senté en una roca, bajo el cobijo de un pino con un gran tronco que debía ser centenario y observé entre los arboles una vista del pueblo. Fue entonces cuando me pregunté qué significaba el tiempo, qué era ser alguien del pueblo, qué era ser alguien o algo del bosque, qué eran aquellos sentimientos que me estaban arrollando por dentro.

Algo pasó, no me asusté, pero sentí un inmenso amor, y al meter la mano en el bolsillo encontré las respuesta que acabo de leer. Escrita estaba en una especie de papel grueso y rudo, como si fuera corcho grabado, débil e indestructible al mismo tiempo y estaba firmada por mi abuelo. Aquel era uno de mis tesoros, era uno de mis secretos. Aún recuerdo, en la cama de aquel hospital, cuando le pregunté por qué lloraba riendo y él solo alcanzó a contestar: - Ahora todo lo entiendo. Te lo explicaré con el tiempo. Y eso ha hecho. Ahora siento el bosque, y siento el tiempo y más aún siendo un niño y sin crecer, la carta de mi abuelo comprendo. Tengo un tesoro, soy un niño rico, no necesito dinero pero tengo una gran responsabilidad que me dejó mi abuelo: Transmitir su conocimiento sensorial al pueblo, al resto de personas con el día a día ciegos. Acercar la felicidad del bosque, de sus pueblos, gentes, fauna, flora, y el paso del tiempo.

Él tardó una vida entera. Yo, a él me debo pues a corta edad me ha enseñado la suela de sus zapatos llena de conocimiento. No hay tesoro mayor, no hay mayor posesión, que el fundirse con cada detalle que nos da la naturaleza y percibirlo en el corazón.

Hoy siendo sólo un niño, un niño de corcho, os leo esto en el colegio, con la esperanza de compartir con todos vosotros el saber de, aquel que sin enseñar, fue un maestro, mi abuelo.